

NEW LEFT REVIEW 90

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2014

ARTÍCULOS

SUSAN WATKINS La triple torsión de Europa 7

ENTREVISTA

BHASKAR SUNKARA Proyecto *Jacobin* 30

ARTÍCULOS

DANIEL FINN Repensar la República de Irlanda 47
FRANCESCO FIORENTINO La ambición 81
ENRICA VILLARI El deber 92
GOPAL BALAKRISHNAN Marx, el abolicionista I 102

CRÍTICA

VIVEK CHIBBER India irredenta 144
MICHAEL DENNING Diseño y descontento 152
BLAIR OGDEN Walter Benjamin 158

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

DANIEL FINN

REPENSAR LA REPÚBLICA DE IRLANDA

Fintan O'Toole y la crisis irlandesa

PARECE EVIDENTE QUE la crisis de la zona euro se ha estabilizado, de momento, en los términos dictados por Bruselas, Frankfurt y Berlín. Casi no merece la pena recordar aquí el precio que se ha pagado para preservar la moneda única y apoyar un sistema bancario disfuncional: desde Atenas a Dublín, el desempleo masivo sigue siendo una carga agobiante. Sin embargo, parafraseando a Tolstoi, cada país rescatado sufre su desgracia de manera diferente. Grecia ha sido testigo de la oposición más tormentosa, con el surgimiento de Syriza como una potencial fuerza contrahegemónica, aunque frágil. En España, los años de protestas en la calle han comenzado a dejar su marca en el sistema político y hay una tormenta en ciernes por la independencia de Cataluña. Las sucesivas huelgas en Portugal han conseguido que el Tribunal Constitucional bloquee los recortes en los salarios del sector público y las pensiones. En Irlanda, sin embargo, donde la economía ha sido estrujada para reembolsar los créditos malos de los bancos británicos, franceses y alemanes, la resistencia permanece muda. Los ministros del Gobierno presumen de su habilidad para imponer recortes «excepcionales» en el gasto público sin provocar malestar social¹. Por su parte, los funcionarios europeos han señalado a Irlanda en repetidas ocasiones como ejemplo de buena ciudadanía para sus rebeldes colegas de la periferia de la zona euro, con gran satisfacción de los medios de comunicación locales.

Pero, aunque las protestas masivas han sido comparativamente pocas en Irlanda, no ha sido por falta de fogosas inectivas polémicas contra las

¹ Harry McGee, «Public service reforms have been “remarkable” claims Howlin», *The Irish Times*, 14 de enero de 2014.

elites gobernantes por parte de los escritores locales. El columnista de *The Irish Times* y principal intelectual público del país, Fintan O'Toole, ha sido el más destacado en términos de impacto y visibilidad. El libro de O'Toole *Ship of Fools* (2009), publicado al comienzo de la crisis, supuso un ataque demoleedor contra la cultura del amiguismo y la economía basada en la burbuja, fomentada por los líderes políticos de Irlanda. Fue pronto seguido por *Enough is Enough* (2010), otra arremetida contra los mitos de la República de Irlanda, que proponía un programa completo de reformas con cincuenta acciones concretas. ¿Hay algún escritor en otro país de la Unión Europea, o la OCDE, que haya publicado una crítica tan exhaustiva de la trayectoria de la clase dirigente en el poder, con tal profusión de detalles condenatorios y con una prosa tan brillante? Las últimas obras de O'Toole forman parte de una serie que se remonta a la década de 1980 y muestra su formidable altura como analista social. Para tratar de explicar la «excepción irlandesa» resulta de utilidad presentar los escritos de O'Toole en mayor profundidad: ¿en qué se diferencia el carácter crítico de su obra, qué explicación causal ofrece de los apuros de su país y qué salidas puede aportar a la trayectoria de Irlanda tras la crisis?

Vida y época

Nacido en 1958, O'Toole se crio en Crumlin, uno de los complejos residenciales de clase obrera cerca del centro de Dublín, que construyó el Fianna Fáil en la década de 1930 como parte de su programa de eliminación de los barrios pobres. Construido barato, el nuevo barrio estaba mayoritariamente falto de infraestructuras sociales, con la reveladora excepción, como O'Toole recordaba más tarde, de «un magnífico cuartel de granito de la policía que dominaba el barrio y era de lejos el mejor edificio de Crumlin, hasta que se construyó la iglesia definitiva»². El padre de O'Toole era conductor de autobús, tenía pasión por la literatura y su héroe era George Bernard Shaw; su educación estuvo a cargo de los Hermanos Cristianos, una congregación religiosa católica cuya dieta tradicional de nacionalismo empalagoso y conformidad social contrastaba nítidamente con el signo de la época:

Mientras los estudiantes de París estaban en las barricadas y mi padre y los otros conductores de autobuses de Dublín se ponían en huelga, yo leía en *Our Boys* sobre Maurice, que tenía una novia decente, se apuntó a la Sociedad de San Vicente de Paúl y se convirtió en un buen chico: «Se llevaba mejor con

² Fintan O'Toole, *Black Hole, Green Card: The Disappearance of Ireland*, Dublín, 1994, p. 119.

su jefe. Antes, siempre estaba pidiendo un aumento de sueldo, o intentando conseguir una tarea más fácil, o algo así. Pero ahora no le importaba que le dieran la tarea más pesada, y la más sucia, y siempre estaba dispuesto a cambiar su turno para ayudar a algún otro chico»³.

O'Toole se graduó en el University College de Dublín, adonde llegó a mediados de la década de 1970, cuando la agitación del campus de los años anteriores ya había comenzado a calmarse. El escenario político y social que encontró O'Toole al comienzo de su carrera periodística era de lejos el más conservador de todos los países de Europa Occidental. Las antiguas estructuras de poder reaccionario se habían derrumbado en España, Portugal y Grecia, donde los partidos de izquierda y los sindicatos militantes lideraban la resistencia contra las dictaduras y las revueltas generacionales transformaban las culturas nacionales. Sin embargo, en la República de Irlanda los pilares gemelos de la hegemonía conservadora, civil y religiosa, parecían inquebrantables. La política nacional seguía todavía el modelo establecido en los primeros años del Estado, con dos partidos de derecha, el Fianna Fáil y el Fine Gael, que a menudo cosechaban más del 80 por 100 del voto entre ellos, mientras que un pequeño y anémico Partido Laborista luchaba por romper la barrera del 15 por 100, que servía a veces de soporte en coalición con el Fine Gael. Este sistema de «dos partidos y medio» provenía de una escisión en el movimiento por la independencia nacional a causa del Tratado Anglo-Irlandés de 1921: el bando favorable al tratado salió victorioso de una breve guerra civil y gobernó el Estado Libre Irlandés durante su primera década. Su vehículo político, Cumann na nGaedheal, más tarde rebautizado Fine Gael, retuvo sus características originales: un partido de clérigos, hombres de negocios y granjeros poderosos.

Por su parte, el Fianna Fáil se había convertido en el principal refugio para los que seguían sin aceptar el tratado a finales del década de 1920, cultivaba una imagen mucho más populista, con la que ganaba el apoyo de los trabajadores del campo y la clase obrera urbana. Sin embargo, cuando llegó al Gobierno por primera vez, en 1932, el partido siguió las principales líneas de la política económica desarrollada por sus oponentes, retocando el ultraconservador Estado Libre en lugar de transformarlo. Entre 1932 y 1981, el Fianna Fáil gobernó en solitario, excepto durante diez años. Había poco margen para una política explícita de clase en esta configuración. Un modesto periodo de bonanza económica en la década de 1960 potenció la militancia obrera (en un determinado momento, la República ostentó

³F. O'Toole, *The Ex-Isle of Erin: Images of a Global Ireland*, Dublín, 1997, pp. 84-85.

el índice más alto de huelgas del mundo desarrollado) y envalentonó brevemente al Partido Laborista hasta el punto de que presentó sus propias exigencias y prometió acabar con el duopolio conservador. Cuando la recesión global sumergió a la economía irlandesa en un declive en picado a partir de 1979, tal atrevimiento pasó al olvido: la coalición Fine Gael-Partido Laborista se alternó con el Fianna Fáil durante la década de 1980, gobernando en ambos casos con recortes profundos en el gasto público, altos índices de desempleo y emigración masiva⁴.

Una segunda característica distintiva del panorama irlandés era el fuerte control de una Iglesia agresivamente autoritaria sobre las costumbres sociales y culturales de la República. Gramsci afirmó una vez que «nadie se ata a sí mismo al catolicismo como norma de vida, incluso aunque se declare abiertamente católico. Un católico integral, es decir, uno que aplicara las normas católicas en cada una de las acciones de su vida, parecería un monstruo»⁵. El especial y monstruoso logro del catolicismo irlandés fue intentar hacerlo y conseguirlo durante una época, con un coste psicológico desolador para una gran franja de la población del país. A lo largo del siglo XIX, un código puritano muy rígido fue injertado en una población campesina que tradicionalmente había sido mucho más relajada en sus formas de observancia religiosa. Esto se convirtió en uno de los atributos distintivos del nuevo Estado irlandés en las décadas posteriores a la independencia. En la década de 1970, el control de la Iglesia fue cuestionado por valientes vanguardias liberales y feministas que desafiaron la prohibición del divorcio, el aborto y los anticonceptivos. En la siguiente década, vigorizados por la visita papal de 1979, que atrajo a un tercio de la población a gigantescos espectáculos al aire libre, los defensores del poder católico lanzaron un contraataque contra la liberalización social. La década de 1980 fue testigo de una guerra de desgaste implacable entre el bloque conservador-clerical y sus oponentes laicos. En 1983 se impuso por medio de un referéndum la prohibición constitucional sobre el aborto (que ya estaba proscrito por ley) y los intentos de legalizar el divorcio fueron derrotados en otro plebiscito celebrado tres años después⁶.

⁴ La aparición de nuevas fuerzas políticas hacia el final de esa década (los Demócratas Progresistas, en la derecha; el Partido de los Trabajadores, en la izquierda) apuntó al posible final de la antinatural supervivencia del sistema de dos partidos y medio.

⁵ Antonio Gramsci, *Selections from the Prison Notebooks*, Londres, 1971, p. 351.

⁶ En comparación, Italia había levantado la prohibición sobre el divorcio en un referéndum en 1974; Portugal liberalizó su ley de divorcio en 1977 y España siguió el mismo camino en 1981.

Para agravar el clima de pesimismo nacional, el largo conflicto de Irlanda del Norte no daba señales de autoconsumirse. El vecino más cercano de la República (otra herencia de la lucha por la independencia nacional, que había dejado a seis provincias del norte bajo el Gobierno británico) se caracterizaba por la discriminación sistemática de su minoría nacionalista católica. Cuando se desplegaron tropas británicas para contener los disturbios civiles a finales de la década de 1960, las esperanzas de alcanzar una reforma se truncaron rápidamente, ya que Londres optó por apoyar al Gobierno unionista sectario con un incremento de las medidas de represión. Cuando abandonó esa política, en la primavera de 1972, ya estaba en marcha una guerra de baja intensidad que enfrentaba al Ejército Republicano Irlandés (IRA) con las fuerzas del Estado británico y los paramilitares unionistas: duraría otras dos décadas, llevándose tres mil quinientas vidas por delante.

Los «años de plomo» de Irlanda del Norte, incomparablemente más destructivos que los de Italia o Alemania Federal, dejaron en gran medida al margen al Estado del sur y a sus ciudadanos, pero, a pesar de ello, imprimieron una profunda huella en la cultura de la República. Los miembros de la clase política del sur querían, sobre todo, evitar que la violencia se desbordase hacia sus dominios y mantener buenas relaciones con Londres dentro de lo posible: cualquier compromiso residual con la unidad irlandesa quedaba eclipsado por estas prioridades. Muchos intelectuales fueron más allá en su reacción hostil ante la campaña del IRA. La mitología nacionalista hubiera sido cuestionada por la nueva generación de historiadores en cualquier caso, y merecidamente; pero la forma que asumió ese cuestionamiento de la sabiduría recibida fue consecuencia directa del conflicto del norte. El «revisiónismo», tal como se le llamó, sospechaba intensamente del nacionalismo revolucionario, y sus practicantes a menudo extendían su aversión al moderno IRA a todo el panteón republicano del siglo XVIII en adelante. La otra cara de la moneda de esta escuela era una versión aséptica del papel de Gran Bretaña en los asuntos irlandeses, que frecuentemente llegaba hasta la apología descarada. *Modern Ireland* de Roy Foster, publicado en 1988, proporcionó una síntesis brillante de la historiografía revisionista, a la vez que condensaba muchos de sus defectos⁷.

⁷ Tal como observó un crítico (muy favorable): «Lord Mountjoy, que “mandó con éxito las fuerzas inglesas que echaron a los rebeldes del Pale en 1601-1603”, es descrito como “un hombre humano”. Por otra parte, Napper Tandy, miembro de los Irlandeses Unidos, del que se dice en una nota biográfica que estaba “ensalzado por el folclore nacional”, es descrito por Foster como “el ridículo Napper Tandy”. No sé cómo es posible aplicar tales adjetivos desde la perspectiva del siglo XX a cualquier figura del siglo XVI, especialmente a una figura enviada por Inglaterra a Irlanda con

Dentro de esta pléyade, las afinidades de O'Toole se decantaban por las fuerzas de la liberalización y la modernización social y por la reacción revisionista contra el nacionalismo irlandés. Desde siempre sus pasiones habían sido la literatura y el teatro: estudió Filología Inglesa y Filosofía en UCD, y comenzó su carrera profesional como crítico de teatro en la guía del ocio *In Dublin*, para pasar después a desempeñar el mismo cometido en el *Sunday Tribune*. O'Toole amplió su campo de acción escribiendo reportajes políticos y culturales en *Magill*, una revista mensual de actualidad donde ocupó el cargo de director durante un año, 1986-1987 (*Magill* proporcionó una plataforma de lanzamiento para varias carreras periodísticas: el novelista Colm Tóibín fue uno de los predecesores de O'Toole en la dirección editorial). Al mismo tiempo, O'Toole estaba trabajando en su primer libro, un estudio del dramaturgo Tom Murphy, cuyas primeras obras habían provocado la furia y la denuncia eclesiástica⁸. En 1988, el año en que cumplió los treinta, O'Toole fue contratado por *The Irish Times* como articulista y editorialista, lo que le proporcionó una plataforma en el centro de los medios de comunicación respetados de Irlanda; ha permanecido en el periódico desde entonces.

The Irish Times ha seguido una trayectoria curiosa desde que se estableció como portavoz del unionismo irlandés a finales del siglo XIX. Al tener su sede en Dublín, se encontró varado en el nuevo Estado después de la independencia y tuvo que adaptarse al nuevo entorno. Durante gran parte del siglo XX estuvo eclipsado por dos competidores, el *Independent* y *The Irish Press*: cada uno de ellos vendía 200.000 ejemplares diarios en la década de 1950, mientras que el *Times* se quedaba muy detrás con 35.000⁹. En aquel momento era todavía el periódico elegido por la clase media protestante residual, compuesta de comerciantes y profesionales: por esa razón, aunque *The Irish Times* fue siempre un periódico conservador, nunca pudo ser *el* periódico conservador y guardó las distancias con la elite política de Dublín. Como otros bastiones protestantes (Trinity College, las Iglesias anglicana y presbiteriana), *The Irish Times* adoptó una postura de liberalismo social como única opción, que le sirvió para distanciar la línea editorial del periódico de una clase gobernante que era profundamente católica en su *ethos*.

un ejército, ni a cualquier figura del siglo XVIII, por muy ensalzado que estuviera por el folclore nacional [...]; por debajo de la brillante comprensión y la gran originalidad de *Modern Ireland* de Foster, hay una ideología quizá no tan burda como la de los historiadores nacionalistas que escribían los textos escolares en la década de 1920, pero sí igual de evidente», Colm Tóibín, «New Ways of Killing Your Father», *London Review of Books*, 18 de noviembre de 1993.

⁸ F. O'Toole, *Tom Murphy: The Politics of Magic*, Dublín, 1987.

⁹ John Horgan, *Irish Media: A Critical History Since 1922*, Londres, 2001, pp. 62-63.

Durante el largo periodo de dirección de Douglas Gageby (director de 1963 a 1986, aparte de un pequeño paréntesis a mediados de la década de 1970) *The Irish Times* se deshizo de sus lealtades hacia la Commonwealth y comenzó a aumentar su circulación, acercándose gradualmente al *Independent* y a *The Irish Press*. Su liberalismo tradicional resultó una baza positiva cuando Gageby reclutó a una nueva generación de redactores que estaban en sintonía con el emergente movimiento de las mujeres e incluso hizo sitio para una pequeña cohorte izquierdista entre los editorialistas, aunque el propio Gageby era partidario del Fianna Fáil y su líder, Charles Haughey; el hecho de que los temas culturales atrajeran el principal foco de atención a lo largo de la década de 1980 hizo que el posicionamiento principal del periódico pareciera más radical de lo que en realidad era¹⁰. Cuando O'Toole se incorporó a *The Irish Times*, había completado su transformación en un «periódico de referencia», conscientemente cortado con el mismo patrón que *El País* o *Le Monde* (y con parecido sentimiento de su propia importancia). El sucesor de Gageby, Conor Brady, continuó incrementando las cifras de circulación del periódico, al beneficiarse de la desaparición de *The Irish Press* a mediados de la década de 1990: actualmente sus ventas per cápita superan las de *The Guardian*, *The Times*, *The Independent* y el *Financial Times* juntos. Con Brady de director, las preferencias editoriales del periódico recayeron en los que apoyaban la modernización y el programa liberal dentro de unos límites de respetabilidad, desde los Demócratas Progresistas hasta Dick Spring, el líder centrista del Partido Laborista, un clon de Kinnock que aplastó implacablemente el ala izquierdista del partido¹¹.

Temas iniciales

El rápido ascenso de O'Toole debió mucho a sus dotes de escritor, que destacan incluso en un país donde el talento literario no escasea. Su prosa es fluida y controlada, con una facilidad para el detalle y un sentido elegante de las cadencias narrativas. Pero su punto de vista político encajaba también perfectamente en el consenso de *The Irish Times*, al representar la vena liberal del pensamiento convencional. Tres temas principales

¹⁰ Mark O'Brien, *The Irish Times: A History*, Dublín, 2008, pp. 175-176.

¹¹ Más tarde, Brady recordaría su admiración por la purga de la tendencia militante a manos de Spring, cuyos miembros habían «hecho la vida imposible a los ministros laboristas, tratando continuamente de subvertir cualquier política que ellos consideraran que representaba un pacto con los partidos centristas [...] Spring les hizo frente con su propio grupo de fieles acólitos», Conor Brady, *Up With The Times*, Dublín, 2005, p. 210.

atrajeron la atención de O'Toole durante las etapas iniciales de su carrera periodística: el catolicismo, la corrupción y el conflicto del Norte. El declive del poder eclesiástico fue el tema más prominente de todos. Su primera colección de artículos, *A Mass for Jesse James*, tomó el pulso del catolicismo irlandés en la década de 1980, cuando la reacción conservadora estaba en su apogeo. O'Toole opinó que a posteriori la década se consideraría como «una época en la que la separación entre la acción privada y la expresión pública se hizo absoluta. Los valores tradicionales necesitaban ser reforzados públicamente precisamente porque habían dejado de tener sentido privado»¹². Lo acertado de su observación no tardaría en hacerse manifiesto. El golpe más fuerte contra la autoridad religiosa llegó a partir de los escándalos de abuso que comenzaron con el arresto del hermano Brendan Smyth, un depredador sexual en serie que había sido trasladado complacientemente de parroquia en parroquia por sus superiores. Como observó O'Toole, la controversia que se levantó a raíz del caso Smyth fue tanto un síntoma de agitación como un catalizador:

Más que modificar lo que sabemos sobre la realidad, la confirma. Pone cara al conocimiento oscuro y sin faz que ha estado aferrado a la niñez irlandesa durante generaciones. Pone nombre a una verdad innombrable. Por cruda experiencia propia, cientos de miles de personas de Irlanda han sabido durante gran parte de su vida que hay un problema de pedofilia en la Iglesia¹³.

Desde las escuelas donde «el riesgo de ser acosado se daba por supuesto» hasta las instituciones residenciales caracterizadas por el abuso sistemático de los niños a su cargo, las verdades innombrables del catolicismo irlandés se verían expuestas al severo escrutinio público¹⁴. La insolencia con la que la jerarquía de la Iglesia continuó estigmatizando a los que rechazaban las enseñanzas morales católicas, incluso después de que su propio récord de complicidad con los abusos hubiera sido documentado tan profusamente, agravó el malestar.

El sello característico de los artículos de O'Toole sobre la Iglesia durante este periodo era a menudo más balsámico que triunfalista, con la vista puesta claramente en el gran número de católicos irlandeses que habían vivido el desprestigio del clero «no como una liberación, sino como un trauma», al haber visto su fe tan completamente traicionada en «la única cosa que parecía estable y fiable a lo largo de agitadas décadas

¹² F. O'Toole, *A Mass for Jesse James: A Journey Through 1980s Ireland*, Dublín, 1990, p. 9.

¹³ F. O'Toole, *Ex-Isle of Erin*, cit., p. 198.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 198-200.

de cambio»¹⁵. O'Toole tenía mucho interés en reconfortar a este estrato desestabilizado de la población en su camino hacia puntos de vista más tolerantes y pluralistas, argumentando que la práctica cotidiana llevaba mucho tiempo chocando con la doctrina religiosa: «Una de las cosas raras de Irlanda es que quizá sea la única sociedad que ha insistido en proclamar una moralidad pública que en muchos sentidos es peor que nuestros valores privados. Nuestra peculiar forma de hipocresía no ha sido un sepulcro blanqueado, sino uno ennegrecido»¹⁶. En 1997, observó que «los católicos se han hecho profundamente protestantes en su actitud hacia las enseñanzas de la Iglesia [...], el principio más importante del protestantismo (el derecho a la conciencia individual) es aceptado ahora por la gran mayoría de los católicos irlandeses»¹⁷. La asistencia a misa y las ordenaciones eclesiásticas han caído en picado, y el bloque tradicionalista ha sido derrotado en cada una de las batallas de siempre a partir del principio de la década de 1990: el divorcio, los anticonceptivos y la homosexualidad han sido legalizados, aunque la prohibición sobre el aborto todavía está pendiente y los obispos retienen su poder en la educación pública, con el derecho, formalmente consagrado en la ley, a discriminar a profesores y alumnos por motivos religiosos.

El segundo tema principal de la obra de O'Toole fue la crisis de los tradicionales detentadores del poder en la República. El tufo de la corrupción política que emanaba de la jerarquía del Fianna Fáil llegó a su punto culminante durante la controversia provocada por las malas prácticas financieras de la industria cárnica. *The Irish Times* encargó a O'Toole que cubriera un largo juicio que escrutó los negocios de Larry Goodman, el principal exportador de carne de Europa y uno de los hombres más poderosos de Irlanda, que había aprovechado sus contactos con el Fianna Fáil para asegurarse el acceso a importantes dádivas del Gobierno. Más adelante, O'Toole publicó un libro basado en su trabajo durante la investigación, *Meanwhile Back at the Ranch*, cuya parte principal consistía en la reconstrucción meticulosa y paso a paso del informe del tribunal, que había agravado la oscuridad inherente de la cuestión, con una tendencia a meter pullas siempre que fuera posible. El libro situó también el imperio de Goodman en el contexto de una economía que llevaba mucho tiempo dependiendo de la exportación de ganado vacuno, y capturaba con precisión la imagen ridícula del sujeto

¹⁵ *Ibid*, p. 221.

¹⁶ *Ibid*, p. 219.

¹⁷ *Ibid*, pp. 16-17.

en cuestión, cuyo modelo de negocios se basaba casi por completo en la manipulación de los subsidios del Estado, pero cultivaba la imagen de un emprendedor del libre mercado ambicioso y dinámico, retenido por un *establishment* en la sombra, en cuyas filas él, desde luego, no estaba. O'Toole citaba una respuesta ingenua de Goodman a un abogado del tribunal que había observado que Goodman Meats era «dominante» en la industria europea de la carne: «No me gusta la palabra “dominante”. No estoy de acuerdo con eso [...], no nos gusta la palabra “poder”. Es una especie de idea leninista»¹⁸. El magnate de la carne estaba más cerca de la verdad de lo que se imaginaba, porque el punto de vista de Lenin sobre el Estado capitalista representaría una explicación de la realidad irlandesa en los siguientes años mejor que las eternas verdades de la ciencia política de manual.

Partiendo de las pretensiones *antiestablishment* de Goodman, O'Toole presentaba una visión ilustradora de las jerarquías sociales del país, identificando una fractura cultural en el corazón de la burguesía: «Al existir en Irlanda una elite consciente de sí misma, creada por un determinado número de colegios de pago, el estar fuera de esa elite, por mucho poder y riqueza y control de las vidas de otras personas que se tenga, supone darte el lujo de sentirte fuera del *establishment*»¹⁹. Esta casta superior tenía su origen en las décadas previas a la independencia, cuando una elite profesional, preparada por los jesuitas, se había aferrado al Partido Parlamentario Irlandés dispuesta a asumir una posición de autoridad real tan pronto como Irlanda obtuviera la autonomía, antes de encontrarse desplazados por «una muchedumbre de chicos de los Hermanos Cristianos con revólveres Webley» tras el levantamiento de 1916. «Así nació ese fenómeno fascinante: una clase media alta con grandes privilegios y bien establecida que fue privada de la política sin perder sus privilegios económicos en absoluto»²⁰. La fractura que se produjo entonces ha perdurado hasta ahora: mientras que en el Reino Unido la correa de transmisión de los colegios privados coloca a sus alumnos en cada una de las secciones de la clase dominante británica, desde las juntas de la City hasta la primera bancada del Partido Conservador, sus equivalentes irlandeses son menos ecuménicos en su colocación. Aunque la elite de los negocios saca todavía a muchas de sus luminarias del conjunto de

¹⁸ F. O'Toole, *Meanwhile Back at the Ranch: The Politics of Irish Beef*, Londres, 1995, p. 34.

¹⁹ F. O'Toole, *Black Hole, Green Card*, cit., pp. 208-209.

²⁰ *Ibid.*, p. 213. James Joyce fue el producto más famoso, aunque enteramente atípico, de esta clase dominante embrionaria.

colegios privados de Leinster (entre ellos, el magnate de la prensa Tony O'Reilly; el director ejecutivo de Ryanair, Michael O'Leary, y el icono del capitalismo irlandés, Peter Sutherland, que ha sido presidente de BP y Goldman Sachs), la clase política recluta menos candidatos en esos círculos. Por otra parte, la «lógica negativa» descrita por O'Toole («el *establishment* habla a través de la nariz, yo hablo a través del lateral de la boca, por consiguiente, no soy miembro del *establishment*») ha permitido que muchos hombres de negocios irlandeses (especialmente, los constructores) adopten la personalidad marginal y desenvuelta desarrollada por Larry Goodman: «Al final, tenemos dos grupos de personas que tienen un poder inmenso y que, sin embargo, consiguen, por medio de sus mitos complementarios de persecución y marginalización, evitar asumir responsabilidades por el estado de la situación»²¹.

La campaña frustrada a favor de «manos limpias», al comienzo de la década de 1990, formaba parte de la ortodoxia empresarial de *The Irish Times*²², igual que el apoyo al incipiente proceso de paz en Irlanda del Norte: *The Irish Times* estaba muy a favor de llegar a un acuerdo con el Sinn Féin, el brazo político del IRA, mientras que el *Independent* adoptó una posición mucho más hostil. Estos contactos desembocaron en un alto al fuego permanente del IRA, en vigor desde 1997, que despejó el camino a un acuerdo para compartir el gobierno que debían negociar entre los partidos unionistas y nacionalistas el año siguiente. O'Toole fue contratado por *The New York Review of Books* para escribir una serie de artículos que explicaran a sus lectores las negociaciones de paz en el norte²³. Su análisis estaba muy en la línea de la escuela de pensamiento revisionista que absolvía a Gran Bretaña de toda responsabilidad histórica al concentrarse en factores internos: «Aunque los nacionalistas irlandeses suelen considerar la división de la isla por el Parlamento de Westminster en 1920 un repugnante delito británico, en realidad fue el resultado inevitable de las divisiones políticas, económicas y religiosas irlandesas»²⁴. El análisis de O'Toole del periodo moderno también

²¹ *Ibid*, pp. 209, 215-216.

²² Esta cruzada de altas miras, liderada por Dick Spring y el Partido Laborista, embarrancó tras las elecciones de 1992, cuando Spring llevó al Partido Laborista al Gobierno con el Fianna Fáil, lo que provocó un tremendo disgusto a Conor Brady: C. Brady, *Up With The Times*, cit., p. 231.

²³ F. O'Toole «The End of the Troubles?», *NYRB*, 19 de febrero de 1998; «Are the Troubles Over?», *NYRB*, 5 de octubre de 2000; «Guns in the Family», *NYRB*, 11 de abril de 2002; «The Taming of the Terrorist», *NYRB*, 27 de febrero de 2003.

²⁴ F. O'Toole, «The End of the Troubles?», cit.

rebajaba la culpabilidad británica: «La campaña del IRA no ha sido una guerra de liberación nacional, sostenida en nombre de una mayoría contra una minoría opresora de una potencia extranjera. Sus enemigos no han sido regímenes ilegítimos, sino dos democracias liberales (el Reino Unido y la República de Irlanda) y la población protestante mayoritaria en la propia Irlanda del Norte». O'Toole modulaba esta imagen del Reino Unido como un Estado democrático-liberal benigno, enfrentado a la amenaza del terrorismo, haciendo referencia al encarcelamiento de sospechosos sin juicio, la masacre del Bloody Sunday de 1972 y la «línea dura» de Margaret Thatcher hacia los huelguistas de hambre republicanos, pero describía estas acciones como «meteduras de pata», causadas por una «falta de comprensión» por parte de los políticos británicos (sin embargo, a los republicanos irlandeses no les concedía el mismo margen por sus propios «errores»)²⁵.

Al evaluar el papel de Gran Bretaña en Irlanda del Norte, O'Toole permitió que la ideología conservadora obnubilase sus facultades críticas y presentó razonamientos cargados de un fuerte aire de disculpa. Pasó por alto la injusticia flagrante del acuerdo de división que concedió al Partido Unionista una porción de territorio muy por encima de su mandato popular. No había solución ideal para el problema de las identidades en conflicto de Irlanda y los acuerdos impuestos por Londres en la década de 1920 no intentaron proporcionarla, ya que se basaron en los cálculos más sórdidos de la estrategia imperialista. De hecho, el análisis de O'Toole del conflicto moderno blanqueó también el historial de las fuerzas del Estado, cuyos agentes colaboraron ampliamente con los paramilitares unionistas responsables de cientos de asesinatos sectarios (además de los ciento ochenta y seis civiles asesinados directamente por las fuerzas británicas durante el conflicto)²⁶. Hablar de «meteduras de pata» para referirse a estos abusos sistemáticos es evadirse de la realidad. Sobran razones para criticar la campaña del IRA, que, sin lugar a dudas, produjo sus propios horrores, pero no en los términos propuestos por O'Toole.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Para un buen resumen de los hechos, centrado en la década de 1970, véase Anne Cadwallader, *Lethal Allies: British Collusion in Ireland*, Cork, 2013; para ejemplos más recientes de la complicidad del Estado, véase especialmente el informe de 2007, entregado por la que entonces era la Ombudsman de la policía, Nuala O'Loan, sobre el asesinato de Raymond McCord (disponible en la página web CAIN, de la Universidad de Ulster).

Modelos nórdicos

Cuando se firmó el Acuerdo de Belfast, el tétrico panorama económico de la década de 1980 había sido reemplazado por un espíritu triunfalista en la República, según se aceleraba el crecimiento y caía el desempleo. En el prefacio a *The Ex-Isle of Erin*, publicado en 1997, O'Toole informaba a sus lectores de que la economía del «Tigre Celta» irlandés «no estaba ya al acecho, sino en pleno salto», con el PIB per cápita por encima del Reino Unido por primera vez en 1996²⁷. Junto con el impacto psicológico de la liberalización cultural y el proceso de paz de Irlanda del Norte, la bonanza económica de toda la década generó un espíritu de autoestima nacional que perduraría de alguna forma hasta la crisis de 2008. O'Toole estaba ahora firmemente establecido como una de las estrellas del periodismo irlandés: su análisis político para *The Irish Times* se complementaba con una importante producción como crítico de teatro, que incluía una biografía de Sheridan muy apreciada y una «guía radical de Shakespeare» dirigida a los alumnos de enseñanza secundaria²⁸. En el nuevo contexto generado por el auge económico, utilizó su plataforma mediática para exponer su característica visión positiva, que había sustentado anteriores críticas del Fianna Fáil, la Iglesia católica y el IRA: un punto de vista moderado de centroizquierda, convencido de que Irlanda debía emular el modelo nórdico de democracia social.

La exposición más completa de este punto de vista se encuentra en *After the Ball*, que fue publicado por el *think tank* liberal de izquierdas TASC en 2003. El TASC había sido establecido dos años antes con fondos de la Fundación Joseph Rowntree y el filántropo multimillonario estadounidense de origen irlandés Chuck Feeney; O'Toole presidió su consejo asesor junto con una representación de luminarias del centroizquierda irlandés. *After the Ball*, asumía tácitamente que el problema de cómo generar riqueza había sido resuelto: ahora la cuestión era qué iba a hacer Irlanda con los recursos disponibles. O'Toole observó que la inversión irlandesa en protección social era la más tacaña de Europa: «La media de la Unión Europea es del 27,3 por 100 y ningún país gasta menos del 20 por 100. Es decir, excepto Irlanda, que gasta un espectacularmente bajo 14,1 por 100»²⁹. Tras varios años de crecimiento sin precedentes, los niveles de pobreza y desigualdad seguían siendo los segundos más

²⁷ F. O'Toole, *Ex-Isle of Erin*, cit., p.19.

²⁸ F. O'Toole, *A Traitor's Kiss: The Life of Richard Brinsley Sheridan*, Londres, 1997; *Shakespeare is Hard, but so is Life*, Londres, 2002.

²⁹ F. O'Toole, *After the Ball*, Dublín, 2003, p. 62. Es el porcentaje del PIB.

altos de las naciones occidentales, solo por detrás de Estados Unidos. Los pacientes de la medicina privada tenían garantizado el acceso rápido al tratamiento hospitalario, mientras que sus menos afortunados hermanos languidecían en listas de espera, con consecuencias alarmantes para la salud pública.

La tasa de mortalidad general por problemas cardíacos en Irlanda es de 176 por 100.000 habitantes, comparada con 108 en el conjunto de la Unión Europea. En los menores de 65, la tasa de mortalidad por problemas cardíacos es casi el doble de la tasa de la Unión Europea: 46 por 100.000, comparada con el 25 en el conjunto de la Unión Europea. El tratamiento contra el cáncer es a menudo asombrosamente pobre para una sociedad rica y desarrollada. Menos de un tercio de los doce mil pacientes que cada año necesitan radioterapia en Irlanda la reciben. Los pacientes públicos se enfrentan a una espera de tres meses para recibir tratamiento de radioterapia después de ser informados de que la necesitan con urgencia³⁰.

O'Toole rechazó la teoría de que cualquier cambio hacia los niveles escandinavos de impuestos y gasto social liquidaría el auge económico irlandés. El éxito económico de Irlanda nunca había sido solo una cuestión de mantener los impuestos bajos y dejar que el libre mercado sacara adelante su magia: de hecho, debería ser considerado «un producto complejo de los valores de centroizquierda que no ha conseguido terminar con el espectáculo de la miseria social, incluso tras eliminar la excusa que justificaba su existencia». Los factores que contribuían a ello, derivados de tales valores, incluían una inversión a gran escala en educación pública, los fondos estructurales de la Unión Europea, una mayor participación femenina en la fuerza de trabajo y los acuerdos salariales nacionales que garantizaban la paz laboral³¹. Había suficiente espacio de maniobra para hacer viable un programa de reformas socialdemócrata sin comprometer el crecimiento económico.

El último capítulo de *After the Ball* modulaba la imagen de una economía exitosa cuyos frutos simplemente tenían que ser bien utilizados ahora. O'Toole apuntaba una diferencia entre las empresas extranjeras y las de propiedad irlandesa: las primeras, concentradas en sectores como el *software*, los productos químicos y la ingeniería electrónica; las últimas, «todavía peligrosamente dependientes de la exportación de productos

³⁰ *Ibid.*, p. 80.

³¹ *Ibid.*, pp. 168-169, 17-26.

de alimentación al por mayor (principalmente, carne de vacuno y leche en crudo, sin marca y con un valor añadido bajo, y animales vivos, que representan casi la mitad del total de las exportaciones locales, pero menos del 6 por 100 del total)»³². Pero, en general, los lectores no eran informados de los problemas que se estaban acumulando mientras el auge seguía imbatible: en concreto, la dependencia cada vez mayor de la construcción y las finanzas como motores del crecimiento y el aumento espectacular de los precios de transferencia de las multinacionales estadounidenses, a partir de finales de la década de 1990, que distorsionaban completamente las cifras del PIB irlandés³³.

Tampoco se presentaba un análisis de las fuerzas políticas de las que podría esperarse que pusieran el programa de O'Toole en marcha. Sin embargo, los lectores de sus columnas en *The Irish Times* sabían que O'Toole consideraba al Partido Laborista irlandés como el principal vehículo doméstico para sus ideas. Era un ejemplo clásico del triunfo de la esperanza sobre la experiencia: tras haber estado siempre en el ala derecha de la socialdemocracia europea, el partido de centroizquierda de Irlanda no tenía ahora ninguna intención de agitar la paz política. Dick Spring había llevado al Partido Laborista a su cuota de votos más alta en 1992, solo para rebajarla a su nivel previo en la siguiente elección, después de formar coaliciones con los dos principales partidos conservadores. A lo largo de la década de 1990, el antiguo sistema de dos partidos y medio parecía la única posibilidad de continuidad a la que agarrarse, una vez que se demostró efímero el desafío del Partido de los Trabajadores en el flanco izquierdo del Partido Laborista, y con los Demócratas Progresistas contentos de funcionar como socio (muy) menor del Fianna Fáil. El propio Fianna Fáil consiguió revivir tras los escándalos de corrupción de principios de la década de 1990, volviendo a ocupar su lugar en la jefatura del Gobierno en 1997, donde permanecería los siguientes quince años.

El consejo de O'Toole al liderazgo del Partido Laborista fluctuaba enormemente en vísperas de las elecciones nacionales, dependiendo de las posibilidades inmediatas que parecieran abrirse ante ellos. Cuando el Fine Gael perdió casi la mitad de sus diputados en 2002, tras una de las peores elecciones en la historia del partido, un bloque de

³² *Ibid.*, pp. 162-163.

³³ Entre 1990 y 2010 el empleo en empresas de propiedad estadounidense aumentó el 127 por 100, mientras que los ingresos declarados de las mismas empresas aumentaron el 2.457 por 100: Jesse Drucker, «Man Making Ireland Tax Avoidance Hub Proves Local Hero», *Bloomberg*, 27 de octubre de 2013.

centroizquierda, compuesto por el Partido Laborista, los Verdes, el Sinn Féin y los independientes de izquierda, tenía ahora más escaños que el principal rival del Fianna Fáil. O'Toole alentó al Partido Laborista a romper con su socio tradicional para prestar una cohesión mayor a este bloque emergente: «Ningún líder laborista puede convencer a su partido de que el futuro consiste en trabajar con el Fine Gael en lugar de intentar reemplazarlo como segundo partido»³⁴. Pero las posibilidades de que el Partido Laborista se atreviese a ser tan audaz eran nimias, sus componentes del ala izquierda habían sido aplastados definitivamente por Spring y sus aliados a principios de la década de 1990, sus portavoces habían sido cooptados o despedidos. Haciendo uso del instinto certero bien conocido por los estudiosos de la historia del partido, la jerarquía laborista se aferró con ambas manos a la posibilidad de perder una oportunidad, negociando un pacto con el Fine Gael que ayudó a este último a recuperarse en los siguientes cinco años, mientras que el propio Partido Laborista se estancaba y sus posibles socios se quedaban fuera de juego.

Al digerir los resultados de las elecciones de 2007, O'Toole parecía dispuesto a tirar la toalla socialdemócrata: tras haber pasado la mayor parte de la década precedente atacando al Fianna Fáil y a su líder, Bertie Ahern, estaba ahora dispuesto a apoyar una coalición entre este y el Partido Laborista con Ahern de primer ministro. Aunque en su análisis poselectoral criticó al Fine Gael, al Partido Laborista e incluso al Sinn Féin («un partido de protesta que estaba protestando demasiado poco») por su timidez en plantear alternativas, pasó a defender que el Partido Laborista no tenía «ninguna ruta realista hacia el Gobierno, ni ahora ni en el futuro cercano, excepto en coalición con el Fianna Fáil»; el momento de sustituir al Fine Gael como principal partido de la oposición había pasado y lo mejor que se podía hacer con este mal resultado era negociar un acuerdo con Ahern tras su tercer triunfo electoral sucesivo (dejando volar su imaginación, O'Toole proponía que el Partido Laborista podía implementar una reforma radical de los servicios médicos desde dentro del Gobierno, asegurando que «tragarse el orgullo no sería tan amargo»)³⁵. En cualquier caso, tal alianza no se materializó, ya que Ahern llegó a un pacto con el Partido Verde para formar un Gobierno que llevaría a la República a la peor crisis económica de su historia.

³⁴F. O'Toole, «Ahern, master of a quiet revolution that produced a sleek FF machine», *The Irish Times*, 20 de mayo de 2002.

³⁵F. O'Toole, «Rejection of the "same only different"»; «Bertie deal is Labour's best option», *The Irish Times*, 28 y 29 de mayo de 2007.

El maná de Bruselas

Aunque el Partido Laborista no dio señales de poder cumplir los deseos de O'Toole en el frente doméstico, O'Toole tenía en mente a otro supuesto agente para la reforma: la Unión Europea. La obra publicada de O'Toole es testigo de una creciente eurofilia a partir de mediados de la década de 1990. En 1997 se había referido a la «paradoja» de la posición de Irlanda en el mundo moderno: «Su soberanía es una fuerza que se ejercita principalmente renunciando a ella. Su separación hace setenta y cinco años de una unión económica y política, el Reino Unido, se justifica por su pertenencia a una unión económica y política más grande, la Unión Europea»³⁶. En lo que respecta a O'Toole, fue tanto una transformación de calidad como de cantidad. Lejos de constituir otra forma de gobierno extranjero, la integración europea había fortalecido la democracia y la posibilidad de que los Estados actuaran de manera constructiva en beneficio de sus ciudadanos. *After the Ball* fue más lejos todavía, otorgando a la Unión el mérito de evitar un conflicto civil en la década de 1980:

La Unión Europea proporcionó a la conservadora Irlanda la posibilidad de participar en su propia destrucción. ¿Habría desaparecido en cualquier caso? Sí. ¿Habría desaparecido sin una lucha potencialmente desastrosa? Probablemente no. Si analizamos los últimos treinta años, lo asombroso no es que hubiera a veces agrias tensiones sociales en la República, sino que fueran superadas con relativa facilidad. Con altísimos niveles de desempleo y exclusión social, con una lucha feroz entre las fuerzas laicas y religiosas y con un conflicto violento a sus puertas, parece imposible que la sociedad irlandesa fuera capaz de integrar grandes cambios económicos y culturales. Sin la capacidad de la Unión Europea de incorporar a la Irlanda conservadora en un proyecto moderno, se puede afirmar con casi total seguridad que no lo habría conseguido³⁷.

O'Toole expuso su valoración más positiva de la Unión Europea en otro libro para TASC, *Post Washington*, publicado en 2005, que escribió con Tony Kinsella. Subtitulado *Why America Can't Rule the World*, formó parte de una serie de obras escritas por intelectuales de centroizquierda en las que se compara el capitalismo de estilo estadounidense con una variedad europea supuestamente superior (*The World We're In*, de Will Hutton, y *Postwar*, de Tony Judt, son ejemplos destacados del género). La ofensiva principal y polémica de *Post Washington* estaba dirigida contra los analistas que creían que Irlanda debía estar «más cercana a Boston que a Berlín»,

³⁶ F. O'Toole, *Ex-Isle of Erin*, cit., p. 20.

³⁷ F. O'Toole, *After the Ball*, cit., p. 21.

un tropo retórico utilizado por primera vez en 2000 por la líder de los Demócratas Progresistas y viceprimer ministra Mary Harney, que resultó lo suficientemente vacuo como para convertirse en una coletilla del discurso político irlandés. La imagen sombría de la sociedad estadounidense que se reflejaba en *Post Washington* tenía claramente como objetivo servir de reprimenda contra esta tendencia, haciendo que las virtudes europeas destacaran más claramente en el contexto transatlántico.

Kinsella y O'Toole enumeraban los factores que mantenían a Estados Unidos alejado de las sociedades europeas, poniendo un énfasis especial en las características más exóticas del panorama cultural estadounidense, para pasar a describir una hoja de resultados negativa de las tendencias económicas recientes³⁸. Con el equipo de Bush y Cheney en lo más alto de su notoriedad internacional, gran parte del libro se dedicaba a criticar la doctrina de política exterior que sustentaba la «Guerra contra el Terror» y sus raíces en el complejo industrial militar. Un último capítulo describía explícitamente el contraste implícito entre la Unión Europea y Estados Unidos, otorgando a Europa un valor superior, tanto en términos de modelos económicos («el sistema estadounidense de mercado ultralibre no funciona; los derivados de la economía social de mercado europea funcionan») como de relaciones internacionales: «La Unión Europea ha triunfado porque se ha expandido de manera pacífica y voluntaria. Ha extendido su ética (legalidad, democracia y mercado global) mucho más eficazmente de lo que los neoconservadores estadounidenses han extendido la suya»³⁹.

Escrito en un momento en el que las pullas sobre la «vieja Europa» de Donald Rumsfeld estaban todavía frescas en la memoria, el libro exageraba mucho las diferencias entre Washington y Bruselas en las cuestiones de guerra y paz. Una cita del jefe de política exterior de la Unión Europea, Javier Solana, tenía más doble sentido (y, por lo tanto, era más honrada) de lo que los autores parecían creer: «No hay una oposición inherente entre el poder, supuestamente el “método de Estados Unidos”, y la ley, el “método europeo”. La ley y el poder son dos caras de la misma moneda. El poder es necesario para establecer la ley, y la ley es la cara legítima del poder»⁴⁰. El propio Solana difícilmente habría podido ser secretario general de la OTAN si hubiera tenido cualquier objeción de principios contra el militarismo o la hegemonía de Estados Unidos en los asuntos mundiales. Las tensiones sobre Iraq resultaron de corta

³⁸ Tony Kinsella y F. O'Toole, *Post Washington: Why America Can't Rule the World*, Dublín, 2005, pp. 63-81.

³⁹ *Ibid.*, pp. 312, 317.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 217.

duración: además de la presencia de los principales Estados europeos en la «coalición de los dispuestos», cuyos soldados entraron en Bagdad, desde Gran Bretaña y Dinamarca a Italia y Polonia, los principales opositores a la guerra en París y Berlín dieron rápidamente su aprobación a la ocupación que siguió.

La «economía social de mercado», señalada por Kinsella y O'Toole como ejemplo para el mundo, tenía una base igualmente ligera en la realidad. Para empezar, varios países europeos (entre ellos, Irlanda y Gran Bretaña) estaban más cerca del «modelo social» estadounidense que de su idealizado equivalente europeo. En otros países de la Unión Europea de los 15, los ciudadanos disfrutaban de más derechos laborales y mejor acceso a los servicios públicos, pero estos beneficios sociales no debían nada al proceso de integración europea, ya que habían sido conseguidos en el seno de cada Estado-nación. Ninguna de las publicaciones de O'Toole en TASC hacía referencia al marco neoliberal que había sido implantado para la zona euro o a los obstáculos a los que se enfrentaría ahora cualquier objetivo socialdemócrata en Bruselas y Frankfurt: *After the Ball* describía con admiración la idea extinguida ya hace mucho tiempo de una «Europa social» que había propuesto Jacques Delors en la década de 1980, pero no mencionaba los cambios acaecidos desde que se había secado la tinta sobre el Tratado de Maastricht⁴¹.

Estas cuestiones habían sido aireadas en el debate político irlandés durante los referéndums sobre los tratados de Niza y Lisboa, que fueron ambos rechazados por el electorado (en 2001 y 2008 respectivamente) para ser impuestos en una segunda vuelta⁴². Las campañas por el «NO» en Irlanda incluyeron a fuerzas de derecha y de izquierda, planteando análisis opuestos sobre una gama de temas y siguiendo trayectorias de organización diferentes. El sentimiento público general detrás de los votos por el «NO», probablemente, se debía más al rechazo del *establishment* político y a un deseo de dar a sus líderes una sonora bofetada que a cualquier crítica ideológica explícita de la Unión Europea. Aunque debamos,

⁴¹ F. O'Toole, *After the Ball*, cit., pp. 18-19. O'Toole se había referido explícitamente a las limitaciones impuestas por Maastricht en sus artículos sobre la campaña de las elecciones generales de 1992, pero parecía haberse olvidado después de aquellas trabas: «Avoiding the hard choices»; «Promises blowing in the wind», *The Irish Times*, 18 y 24 de noviembre de 1992.

⁴² Debido a una sentencia de los tribunales de la década de 1980, los Gobiernos irlandeses están obligados a solicitar la aprobación popular de los nuevos tratados europeos: algo que molesta enormemente a los funcionarios de la Unión Europea, cuya aversión hacia tales consultas es bien conocida.

por lo tanto, tener cuidado de presentar los referéndums como evidencia de un cambio hacia la izquierda en la opinión popular, el hecho es que la izquierda eurocrítica ha sido una fuerza política real durante la última década y media: al contrario que los euroescépticos de derecha, cuyos intentos de capitalizar las cuestiones de Niza y Lisboa en las urnas fueron coronados por un fracaso rotundo.

Sin embargo, O'Toole respondió al surgimiento de este electorado progresista, que prometía mucho más para el futuro que los lentos esfuerzos del Partido Laborista, dejándolo de lado. Al pedir el voto para el «sí» en las cuatro ocasiones, concentró sus ataques en los elementos más reaccionarios del bando del «NO», y acusó a los que hacían campaña por el «NO» desde la izquierda de falsedad en sus argumentos: «El proceso que quieren que temamos es, de hecho, un proceso progresista y civilizado que puede ser utilizado para apoyar luchas políticas reales de la gente contra el poder»⁴³. La trayectoria que siguió la política irlandesa a partir de la crisis cuenta su propia historia: la línea divisoria entre los que dieron su apoyo a los tratados europeos y los que hicieron campaña en contra se sitúa casi exactamente en la división actual entre los que abogan por una sumisión a la Troika y los que están dispuestos a desafiar su autoridad.

La clase descartada

Tras la confianza de O'Toole en sujetos absolutamente inapropiados para hacer reformas, desde el Partido Laborista a la Unión Europea, subyace una comprensión inadecuada del electorado social que puede ser movilizado por tal programa. *After the Ball* enumera una serie de grupos marginales que quedaban «fuera» del Tigre Celta irlandés: mujeres y niños, gays y lesbianas, inmigrantes y solicitantes de asilo, *travellers* [nómadas irlandeses] y personas con diversidad funcional. No cabía duda de la discriminación que sufrían estos sectores sociales, pero había un grupo que destacaba por su ausencia: la clase obrera. O'Toole podría haber razonado que en Irlanda, como en otros lugares, los asalariados estaban lejos de constituir un estrato social monocromo cuya experiencia vital fuera más o menos idéntica: pero lo mismo se podría decir *a fortiori* de las mujeres o los niños, lo que no le impidió incluirlos en la lista de los que sufrían discriminación en la sociedad irlandesa. En *Post Washington*, Kinsella y O'Toole descartaron el concepto en su totalidad como una reliquia del pasado: «En nuestras

⁴³ F. O'Toole, «The real fight has always been to achieve social justice», *Irish Times*, 3 de junio de 2008.

sociedades posindustriales no tiene casi sentido hablar de una clase obrera en los términos del siglo XIX [...], la sociedad del siglo XXI puede dividirse en tres sectores sociales: una elite rica, una clase baja y una clase media enorme con diferentes estratos»⁴⁴.

De este pasaje se podría deducir que el análisis de clase no ha evolucionado desde el *Manifiesto comunista*, no ha hecho ningún intento de lidiar con las mutaciones en el terreno social del capitalismo avanzado. Ralph Miliband, entre otros, defendió una definición de la clase obrera como «todas aquellas personas cuya *fuerza de trabajo* principal, y normalmente única, es la venta de su fuerza de trabajo o las prestaciones del Estado, o ambas; cuyo *nivel de ingresos* les sitúa en los grupos de ingresos más reducidos; y cuyo *poder individual* en el trabajo y en la sociedad en general es bajo o casi inexistente». Miliband se refirió también a la presencia de una clase media baja subprofesional, cuyos miembros estarían más dispuestos a aliarse con la clase obrera propiamente dicha de lo que había estado dispuesta la pequeña burguesía tradicional, y que también podían entrar en la lucha laboral por sí solos⁴⁵. Se puede aceptar o rechazar estas definiciones, pero claramente representan un cambio de la imagen estereotipada del proletariado industrial victoriano a la que aludían Kinsella y O'Toole, y las mismas ofrecen un fundamento mejor para la acción política que la idea de una inmensa clase media, sin estratos especificados, que se sitúa por encima de un subproletariado empobrecido y excluido.

Para O'Toole era más fácil mantener esas nociones debilitadoras durante los años de auge, cuando el número de días perdidos por huelgas cayeron a mínimos históricos, especialmente gracias al sistema de acuerdos salariales nacionales conocidos como «cooperación social». La breve referencia de O'Toole a este proceso en *After the Ball* le da un giro positivo: al adoptar el corporativismo, los dirigentes sindicales de Irlanda habían demostrado tanto un pragmatismo inteligente como un interés por la justicia social⁴⁶. Cuando un grupo de maquinistas de tren que se habían apuntado a una escisión sindical se quedó fuera del acuerdo en el año 2000, O'Toole reaccionó con un ataque incisivo contra los huelguistas acusándoles de pretensiones «aristocráticas» y comparando su liderazgo sindical «anticuado» con la sabiduría que se encontraba en los otros sectores del movimiento sindical irlandés:

⁴⁴ F. O'Toole, *Post Washington*, cit., p.39.

⁴⁵ Ralph Miliband, *Divided Societies: Class Struggle in Contemporary Capitalism*, Oxford, 1989, pp. 22-23, 47 (en cursiva en el original).

⁴⁶ F. O'Toole, *After the Ball*, cit., p. 26.

«Sutil, sofisticado y político en el sentido más amplio»⁴⁷. El análisis retrospectivo de su colega Gene Kerrigan sobre el experimento corporativo es mucho más certero:

Aunque la «cooperación social» produjo estabilidad, dio a los líderes sindicales cierto estatus y permitió que estos pudieran presumir de algunos logros sociales, hubo que pagar un precio. La sociedad era cada vez más desigual. La afiliación a los sindicatos bajaba. Era más difícil organizar al creciente número de trabajadores temporales y a tiempo parcial; un número cada vez mayor de empresas estaba activamente en contra del sindicato. Entre las bases, donde no había nada que hacer excepto aceptar los acuerdos negociados por los líderes sindicales, el músculo del movimiento se había quedado atrofiado. Toda una generación de cargos sindicales no había tenido nunca la experiencia de organizar una huelga o una campaña de ningún tipo y tampoco era muy hábil en el proceso de reclutamiento. La afiliación a los sindicatos en 1980 representaba el 55 por 100 de la fuerza de trabajo. En 1999, era el 38 por 100. En 2010, llegaría al 31 por 100⁴⁸.

El corporativismo tuvo también un efecto funesto sobre las organizaciones comunitarias de la clase obrera, que habían supuesto un desafío significativo para el Estado y sus prioridades en la década de 1980 antes de ser absorbidas y neutralizadas durante el periodo subsiguiente mediante la utilización de los fondos del Gobierno para empujar a dichos grupos fuera de las campañas políticas y hacia la provisión de servicios. El auténtico legado de los años de «cooperación» fue haber abierto la puerta al *thatcherismo* furtivamente, al contrario de lo que sucedió en Gran Bretaña: evitando el trauma de la derrota, pero también el recuerdo de la lucha. La debilidad relativa de la movilización social en Irlanda desde 2008 no puede entenderse sin tener en cuenta estos antecedentes. Sin un movimiento obrero dinámico en el centro del bloque social capaz de imponer sus demandas al sistema político irlandés, no había ninguna posibilidad de que el programa para las reformas de O'Toole se plasmara en algo real.

⁴⁷ F. O'Toole, «Train drivers' mystique no longer makes sense», *The Irish Times*, 15 de agosto de 2000. La polémica de O'Toole, por otra parte, profundamente convencional, estaba salpicada de algunos comentarios excéntricos sobre el lugar de los trenes en la cultura popular («en algún lugar del imaginario de los hombres mayores de cuarenta años, el maquinista de una locomotora cabalga eternamente sobre los raíles»), lo que le pareció muy divertido al líder de la huelga Brendan Ogle: B. Ogle, *Off the Rails: The Story of ILDA*, Dublín, 2003, pp. 222-223.

⁴⁸ Gene Kerrigan, *The Big Lie: Who Profits from Ireland's Austerity?*, Londres, 2012, p. 29. Kerrigan, que escribe en el *Sunday Independent*, el periódico superventas de Irlanda, está más cercano en términos políticos a O'Toole que cualquier otro columnista de los medios de comunicación irlandeses. Sus diferentes puntos de vista sobre la «cooperación social» pueden reflejar un salto generacional: Kerrigan es mayor que O'Toole y comenzó su carrera periodística escribiendo en la publicación trotskista *Worker* durante la época dorada de la militancia obrera irlandesa en la década de 1970.

Después de la crisis

El espectacular ascenso de Irlanda a lo más alto de la escala europea fue seguido por una caída igualmente dramática después de que el colapso de Lehman Brothers precipitara una debacle financiera global. La economía irlandesa sufrió la mayor caída en el PNB de cualquier nación industrializada durante los primeros tres años de la crisis, a la vez que el desempleo crecía del 4,6 por 100 en 2007 al 14,2 por 100 en julio de 2011⁴⁹. El coste de rescatar a los bancos principales creció exponencialmente, alcanzando finalmente los 70.000 millones de euros: un pasivo aplastante para una de las economías más pequeñas de la zona euro. En 2013, Eurostat estimó que Irlanda había absorbido el 42 por 100 del coste *total* de la crisis bancaria europea: una parte mayor que la de Alemania, incluso en términos absolutos, y muchísimo mayor cuando el tamaño de sus economías respectivas se tomaba en cuenta⁵⁰. El coste prohibitivo de la garantía bancaria, ahora considerada infame, dejó a Irlanda en manos de la Troika a finales de 2010, enterrando para siempre el triunfalismo de los años de auge económico.

O'Toole respondió a esta calamidad con un giro hacia la izquierda justo cuando *The Irish Times* estaba virando en la dirección opuesta. Con el declive del poder eclesiástico desde la década de 1990, el periódico había perdido el perfil discrepante que podía haber tenido en el pasado, y su contingente de izquierda residual fue erosionado gradualmente por fallecimientos o jubilaciones, dejando a O'Toole como una voz aislada en las páginas editoriales, donde prevalecían el amiguismo y la complacencia. El propio O'Toole fue ignorado a la hora de buscar un nuevo director cuando Conor Brady lo dejó en 2002: el consejo de dirección optó en su lugar por Geraldine Kennedy, una antigua diputada de los Demócratas Progresistas. La depresión que comenzó en 2008 ha visto a *The Irish Times* dar rienda suelta a su naturaleza conservadora de siempre como el autoproclamado defensor de «la clase media irlandesa» y el principal hinchador de la Troika. Los articulistas más influyentes del periódico han defendido continuamente un cambio de régimen permanente en la esfera económica que arrebatará todas las decisiones importantes de las manos de los políticos electos como protección contra las tentaciones «populistas».

⁴⁹ Stephen Kinsella, «Is Ireland really the role model for austerity?», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 36, núm. 1, enero de 2012.

⁵⁰ Anne Cahill, «42 per cent of Europe's banking crisis paid by Ireland», *Irish Examiner*, 16 de enero de 2013.

En este escenario, las obras de O'Toole posteriores a la crisis sobresa- len todavía más. *Ship of Fools* se publicó en 2009, seguido de *Enough Is Enough* en 2010 y *Up the Republic* en 2012: el último título es una colec- ción de ensayos editada por O'Toole en la que sus propias contribuciones representan una cuarta parte del libro. *Ship of Fools* presenta la explica- ción del autor sobre la crisis, mientras que los dos siguientes responden a la petición de un programa alternativo que pueda servir de guía a una acción política constructiva. Además, O'Toole ha continuado escribiendo su columna semanal en *The Irish Times* y ha tenido con regularidad apa- riciones en la radio y la televisión cuestionando la respuesta del Gobierno a la crisis. Su análisis ha sido probablemente la alternativa más influyente ante el consenso sofocante compartido por los tres partidos principales y el grueso de los medios de comunicación irlandeses.

Ship of fools supuso una acusación virulenta de los políticos, banque- ros y constructores que habían destrozado la economía irlandesa. Los Gobiernos del Fianna Fáil que habían gobernado de 1997 a 2011 habían «practicado la economía de la estupidez supina, viendo cómo una explosión controlada del crecimiento se convertía en una conflagración demencial y tratando de apagar el fuego con gasolina»⁵¹. Habían apo- yado la caótica burbuja inmobiliaria al proporcionar incentivos fiscales lucrativos a los constructores, desembolsando 330 millones de euros de dinero público para subsidios a la construcción de hoteles para los que no había demanda y 2.000 millones de euros en planes de «renovación» que construyeron hogares donde nadie quería vivir. En 2006 el sector de la construcción representaba el 19 por 100 del empleo total y casi un cuarto del PNB irlandés: el doble de la media en Europa Occidental⁵².

Tales prácticas venían de lejos. O'Toole repasó la tolerancia del esta- mento gobernante ante la evidente delincuencia presente en el sector financiero durante la década de 1970 y 1980: una época en la que el Estado perdió miles de millones de ingresos tributarios a causa de varias maquinaciones concebidas para evadir impuestos organizadas por sus propios bancos ante las que los inspectores del Gobierno reaccionaban

⁵¹ F. O'Toole, *Ship of Fools: How Stupidity and Corruption Sunk the Celtic Tiger*, Londres, 2009, pp. 19-20.

⁵² *Ibid*, pp. 116-118. La cuota de la construcción en la economía española repre- sentaba el 15,7 por 100 del PIB en 2007. La cifra europea se expresa también en términos de PIB: debido a los precios de transferencia y a la repatriación de los beneficios de las compañías extranjeras; el PNB es un marcador más útil para la economía irlandesa (como excepción en Europa Occidental, el PNB de Irlanda es significativamente más bajo que su PIB).

ante la evidencia de los delitos con todo el tacto y la discreción de «una tía soltera que cotillea la ventana de un vecino y sin querer le observa disfrutando de una fiesta privada e íntima»⁵³. El *modus operandi* de la banca irlandesa no había cambiado en absoluto entre tanto, aunque sus dirigentes se habían hecho indudablemente más ambiciosos: Anglo Irish, la lucha de los constructores, que dejaría deudas estratosféricas que habrían de ser pagadas con dinero público después de la crisis, vio cómo sus activos se incrementaban de 15.800 millones de euros en 2001 a casi 100.000 millones siete años más tarde, incluyendo 44.000 millones de euros, tan solo en Irlanda⁵⁴, en concepto de préstamos inmobiliarios que pronto demostrarían no tener ningún valor. La misma cultura de impunidad se aplicó en una escala superior en el International Financial Services Centre (IFSC). Inaugurado con grandes fastos por el Gobierno de Charles Haughey a finales de la década de 1980, el IFSC proporcionó todos los beneficios de un paraíso fiscal sin el estigma de estar ligado a micro-Estados como Bermudas o las Islas Caimán. En 2005, tres cuartas partes de toda la inversión extranjera fue destinada a este centro, que se convirtió en el centro neurálgico de «una espectacular triple corona tricontinental del trapicheo: el fraude más grande de Europa, la quiebra más grande de la historia australiana y una estafa de 500 millones de dólares en Estados Unidos»⁵⁵.

Peculiaridades de los irlandeses

Además de codicia e incompetencia, ¿cuáles fueron las causas profundas que identificó O'Toole? En el capítulo inicial del libro señaló que la crisis había sido «inducida por un cóctel letal de ideología global y costumbres irlandesas»⁵⁶. La ideología aludida era, huelga decirlo, la del capitalismo neoliberal de libre mercado, que había elegido a Irlanda como uno de sus grandes triunfos durante la bonanza económica. Pero cuando llegó el momento de juntar las piezas de su narrativa, O'Toole cargó todo el peso de la explicación en la otra cara de la cuestión, refiriéndose a los rasgos culturales irlandeses, anclados en «fantasmas del siglo XIX», como el factor decisivo:

Una primitiva ansia de propiedad territorial premoderna creó el nuevo feudalismo en el que una elite infló los precios del suelo y provocó un auge fatal de la propiedad inmobiliaria. El sistema político, encarnado de manera

⁵³ *Ibid.*, p. 57.

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 197-198.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 126, 140. El fraude: Parmalat. La quiebra: HIH Insurance. La estafa: AIG.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 23-24.

especial por el Fianna Fáil, permaneció anclado en la maquinaria política del Tammany Hall del Partido Demócrata de los irlandeses estadounidenses del siglo XIX [...], en los negocios y especialmente en la banca, subsistió una actitud anárquica ante la ley y la moralidad, anclada tanto en la costumbre colonial de tratar de engañar a la autoridad como en una cultura religiosa que consideraba el sexo, en lugar del dinero, como la divisa del pecado [...], los heroicos poderes de la negación, la habilidad para saber y no saber al mismo tiempo, que había sido inculcada por las circunstancias particulares de la historia irlandesa, permaneció intacta⁵⁷.

En esta lectura, el mayor problema de Irlanda había sido su incapacidad para hacerse verdaderamente moderna y sacudirse el polvo del pasado. El efecto de tales observaciones solo podía oscurecer la dinámica social del auge de la construcción irlandesa y fomentar el tipo de fatalismo cultural que O'Toole había deplorado activamente en otros contextos. Las burbujas de los precios de los activos y las crisis financieras han sido características recurrentes de la época neoliberal. En vísperas de la crisis, se podían encontrar mercados inmobiliarios salvajemente hipertrofiados en cuatro países occidentales (Irlanda, España, Gran Bretaña y Estados Unidos) con una amplia gama de idiosincrasias políticas y culturales: grandes y pequeños, protestantes y católicos, monarquías y repúblicas, colonizados y colonizadores. Solo este hecho sugeriría la necesidad de una perspectiva más amplia que la que enfatizaba las «circunstancias particulares de la historia irlandesa».

Esto no es óbice para dejar pasar esos factores que hicieron a Irlanda especialmente vulnerable a tales afecciones. Pero hablar de una «primitiva ansia de propiedad territorial y premoderna» se acercaba de manera incómoda a la palabrería confusa sobre un supuesto «gen irlandés de la propiedad inmobiliaria», que se ha convertido en una coletilla para los expertos conservadores. En un momento determinado, O'Toole afirmó, sin proporcionar su fuente, que «el 87 por 100 de las unidades familiares irlandesas son propietarias de sus hogares, comparado con una media de la Unión Europea del 61 por 100»; sin embargo, Eurostat daba una cifra del 78 por 100 para 2007 contra una media europea del 73,6 por 100, situando a Irlanda en decimotercer lugar de los 29 países citados⁵⁸. La excepción irlandesa en este campo está muy exagerada. Si hay una tendencia superior hacia la propiedad de la vivienda en algunos

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 214-215.

⁵⁸ *Ibid.*, p.102; *Europe in Figures: Eurostat Yearbook 2010*, Luxemburgo, 2010, p.332. Los veintinueve países citados eran los veintisiete de la Unión Europea más Islandia y Noruega; la media para la Unión Europea de los 15 era del 71 por 100.

países europeos, no hace falta buscar sus raíces en una vinculación primordial a la tierra derivada de memorias ancestrales de desposesión; se pueden identificar causas más inmediatas, particularmente el deterioro de la vivienda pública provocado por sucesivos Gobiernos irlandeses⁵⁹.

Podría decirse que una versión más selectiva del «gen de la propiedad inmobiliaria» afecta a los miembros de la elite empresarial irlandesa. Mientras que los préstamos bancarios aumentaron el 466 por 100 en el espacio de una década después de que el impuesto sobre las ganancias de capital fuera recortado drásticamente en 1998, solo el 2,5 por 100 de esos fondos fueron hacia el tan cacareado sector de la industria de alta tecnología; la construcción y el sector inmobiliario atrajeron el 28 por 100, mientras que la propiedad comercial inmobiliaria absorbió la parte del león⁶⁰. Pero la avalancha hacia la especulación inmobiliaria fue posibilitada por la gran afluencia de capital de los bancos de Estados Unidos, Reino Unido y la zona euro, que eliminaron cualquier barrera a la expansión del crédito que podría haber sido impuesta por el tamaño de la economía irlandesa. La «actitud anárquica ante la ley y la moralidad» a la que O'Toole se refiere también era característica de la práctica bancaria de Wall Street y la City de Londres, donde no se debía a la doctrina religiosa católica o a la herencia del colonialismo. La rotación de personal entre los bancos de inversión principales y el Departamento del Tesoro de Estados Unidos se llevó a cabo con una jovial desvergüenza que eclipsó los notorios tendentes de captación de fondos del Fianna Fáil. Este rasgo de la cultura política estadounidense tuvo un impacto mucho mayor sobre la burbuja inmobiliaria de Irlanda que la influencia de Tammany Hall.

No hubo nada especialmente irlandés en una burguesía que canalizó gran parte de su riqueza hacia la especulación financiera e inmobiliaria, ni tampoco en un Estado que trabajó sin descanso para facilitar tales inclinaciones. La principal maldición de Irlanda no ha sido la modernización incompleta, sino su entrega total a la «modernidad» en su forma predominante: el capitalismo financiarizado neoliberal. Desde la crisis no se ha podido discernir un cambio de vocación. El Ministerio de Medio Ambiente decidió arrendar el excedente de viviendas de los constructores privados, en lugar de comprarlo directamente. No estaba en juego ningún ahorro del coste, pero la lógica de clase era impecable, tal

⁵⁹ Conor McCabe, *Sins of the Father: The Decisions that Shaped the Irish Economy*, Dublín, 2013, pp. 32-60.

⁶⁰ Seán Ó Riain, «The Crisis of Financialization in Ireland», *Economic and Social Review*, vol. 43, núm. 4, invierno de 2012.

como observaron Peadar Kirby y Mary Murphy: «Al optar por arrendar en lugar de comprar estas casas, esta política rescata a los constructores y transfiere la riqueza nacional del Estado al sector privado, en lugar de actuar como un mecanismo de reconstrucción del parque de vivienda social nacional»⁶¹. Las ambiciones de la clase gobernante van más allá de generar otra burbuja inmobiliaria doméstica: los planes en marcha ahora pretenden complementar el IFSC con un «Centro de Servicios de la Propiedad Internacional» que podría convertirse en un «centro global de excelencia» para dicha actividad⁶². El énfasis de O'Toole en los «fantasmas del siglo XIX» solo desvió la atención de estos cambios impecablemente modernos.

Una república nueva

O'Toole describió su siguiente obra, *Enough Is Enough*, como una respuesta a la pregunta más recurrente en la gira de promoción de *Ship of Fools*: «¿Y ahora qué hacemos?». El libro lleva el subtítulo *How to Build a New Republic*, preparando el terreno para señalar su predilección por «la democracia republicana» como base de una política alternativa. El libro comienza con una anécdota sobre Samuel Beckett que también aportaría el título a su siguiente obra. A Beckett le habían pedido una contribución a un importante volumen en el que los escritores tomaban partido sobre la Guerra Civil española: su respuesta «típicamente lacónica» fue enviar una postal con el mensaje UPTHEREPUBLIC! [¡VIVALAREPÚBLICA!]. Sin embargo, tal como observó O'Toole, esta clara declaración de apoyo a la causa republicana «también llevaba algo más que era típico de Beckett, una ironía sardónica»:

Al apropiarse de un eslogan irlandés que había sido utilizado tanto por el Sinn Féin como por el Fianna Fáil, y que tenía poco atractivo para él, Beckett estaba riéndose tanto de sí mismo como de Irlanda. Sabía muy bien que ser un republicano en Irlanda significaba algo bastante diferente de lo que significaba en un contexto europeo más amplio. Beckett resumió así en trece letras la extraña situación de un país en el que las personas que se consideraban a sí mismas republicanas podían estar en desacuerdo con las realidades políticas de la propia República⁶³.

⁶¹ Peadra Kirby y Mary Murphy, *Towards a Second Republic: Irish Politics after the Celtic Tiger*, Londres, pp. 133-134.

⁶² Presumiblemente, el funcionario que ideó este plan utilizó el mítico gen de la propiedad inmobiliaria como coartada: «Consideramos esto una manera de proporcionar una salida a la obsesión irlandesa por la propiedad, históricamente tan individualizada, para que se profesionalice», Aubrey Robinson, «The Reboot of Irish Property Finance», *Irish Left Review*, vol. 1, núm. 2, otoño de 2013.

⁶³ F. O'Toole, *Enough Is Enough: How to Build a New Republic*, Londres, 2010, p. 21.

Las personas familiarizadas con la historia de Irlanda recordarían que unos pocos años más tarde, cuando Beckett trabajaba como correo de la Resistencia de la Francia ocupada, los líderes de lo que quedaba del IRA habían contactado con el espionaje alemán y estaban cooperando con agentes del Tercer Reich. Este episodio subrayaba la ambigüedad del «republicanismo» en el contexto irlandés: muy a menudo, el término ha sido sinónimo de nacionalismo militante; sin embargo, su asociación con una forma particular de gobierno ha sido mucho más débil. La alusión a Beckett pretendía limpiar el objetivo neorrepblicano de O'Toole de tales connotaciones, pero en la búsqueda de un contrapeso histórico que reforzara su programa se lanzó, a pesar de todo, a la búsqueda de material en la tradición republicana existente. En *Up the Republic!* comparó favorablemente el manifiesto feniano de 1867 con la más conocida proclamación de Pascua de 1916:

No se invoca a Irlanda como una entidad abstracta, llamando a «sus hijos a defender su bandera». Las referencias de 1867 al país son concretas: «el suelo de Irlanda»; «el pueblo irlandés». Por otra parte, la proclamación de 1867 menciona ciertas cuestiones ausentes en 1916: una forma republicana de gobierno (tanto contra la «oligarquía» como contra «la maldición del gobierno monárquico»); la injusticia económica («la opresión de la clase obrera»); y la igualdad económica («Nuestro objetivo es fundar una república basada en el sufragio universal, que asegure a todas las personas el valor intrínseco de su trabajo»). Para más inri, la proclamación de 1867 se resiste a incluir ideas de solidaridad religiosa o étnica como base para la República de Irlanda. Es explícitamente laica: «Nos declaramos también a favor de la absoluta libertad de conciencia y la completa separación de Iglesia y Estado». Y no crea una simple oposición entre «irlandés» e «inglés». Declara la guerra a «las langostas aristocráticas, ya sean inglesas o irlandesas, que se han comido el verdor de nuestros campos»⁶⁴.

Enough Is Enough convirtió el Programa Democrático, adoptado por el Parlamento proscrito de Irlanda durante la Guerra de la Independencia, en una de sus referencias fundamentales, citando las promesas del documento de establecer un servicio de salud pública y ocuparse del bienestar de los niños y los mayores, en lugar del «sistema de las *Poor Laws* odioso, degradante y extranjero» que había sido establecido bajo el dominio británico⁶⁵.

La búsqueda por parte de O'Toole de puntos de referencia en el legado feniano daba una idea de hasta qué punto la crisis había hecho que las antiguas certezas se tambalearan. Sin embargo, su excursión a través de la historia llevaba todavía la pesada huella del dogma revisionista.

⁶⁴ F. O'Toole (ed.), *Up the Republic! Towards a New Ireland*, Londres, 2012, p. 12.

⁶⁵ F. O'Toole, *Enough Is Enough*, cit., pp. 22-23.

Cuando O'Toole echaba la culpa de la división de Irlanda exclusivamente al nacionalismo irlandés, citando la advertencia de James Connolly de que llevaría a un «carnaval de reacciones» en ambas partes de la isla dividida, no daba a los lectores sentido alguno de lo que Connolly quería decir realmente⁶⁶. Criticó a la clase política del sur que se oponía a la división de Irlanda, de quienes se decía que habían creado «el sentimiento de que el Estado irlandés era un acuerdo temporal; como mucho, una mera estación de paso en el camino hacia una auténtica república para Irlanda Unida que surgiría en algún momento del futuro»⁶⁷. Este punto de vista exageraba el grado en el que la mayoría de los políticos del sur se involucraba en realidad en el tema de la unidad irlandesa como un objetivo alcanzable. O'Toole ignoraba una barrera mucho más importante para el logro de las esperanzas progresistas gestadas durante la lucha de la independencia nacional y que se codificaron en el Programa Democrático. La guerra civil de 1922-1923 terminó con el triunfo de los elementos más conservadores de la sociedad irlandesa del sur, que habían apoyado a las fuerzas favorables al tratado: el Estado Libre que surgió del conflicto respondía a la necesidad de tener un gobierno que estuviera decidido a mantener el orden social ante los desafíos desde abajo: notoriamente, del movimiento sindicalista, que había crecido espectacularmente cuando el levantamiento republicano estaba en su apogeo. Una carta redactada por el jefe de Gabinete del Estado Libre, Eoin O'Duffy, en agosto de 1922, iba al fondo de la cuestión: «Si el Gobierno es capaz de aniquilar esta revuelta, cualquier intento de insurrección por parte del laborismo en el futuro será fútil»⁶⁸. Para O'Toole, dada su gran desconfianza en el republicanismo de corte irlandés, tales cuestiones siguieron siendo un tabú.

⁶⁶ *Ibid*, p.24. El fundador del marxismo irlandés había llamado a la resistencia radical ante una medida que estaba destinada, según él, a tener consecuencias desastrosas: «Este plan [...] significará un carnaval de reacciones, tanto en el norte como en el Sur, hará que las ruedas del progreso retrocedan, destruirá la futura unidad del movimiento obrero irlandés y paralizará todos los avances mientras dure. El Partido Laborista debe plantarle cara radicalmente, el Partido Laborista en el Ulster debe luchar contra él hasta la muerte, si fuera necesario», Peter Bereford Ellis (ed.), *James Connolly: Selected Writings*, Londres, 1997, p. 275. Hubo una vena marxista en la historiografía revisionista, principalmente representada por Paul Bew y Henry Patterson, que se posicionó en contra del pensamiento de Connolly sobre la cuestión nacional. El punto de vista de O'Toole sobre la división debe mucho más a Bew y Patterson, cuya erudición ha ponderado en varias ocasiones, de lo que debe a Connolly (desde entonces Bew ha cambiado las teorías althusserianas de sus primeras obras por un escaño en la Cámara de los Lores nombrado por los unionistas).

⁶⁷ *Ibid*, p. 30.

⁶⁸ Charles Townshend, *The Republic: The Fight for Irish Independence*, Londres, 2013, p. 432.

La ofensiva principal de la argumentación de O'Toole en *Enough Is Enough* fue evocar un nuevo orden político que encarnara el espíritu de los valores republicanos de una forma que su predecesor nunca había conseguido. Esta petición de reforma constitucional podía apuntar en dos direcciones. La construcción de un nuevo marco político en países como Bolivia o Venezuela había formado parte de una insurgencia cívica amplia contra el poder de las elites tradicionales. Sin embargo, los analistas que habían convertido «reforma» en una palabra de moda desde 2008 no habían pensado en tales modelos. Una sucesión aparentemente interminable de editoriales en *The Irish Times* había tapado la verdadera cuestión de quién ejercía el poder en la sociedad irlandesa, proponiendo en su lugar el tipo de juego institucional que cambiaría todo para que todo permaneciese igual. La transición de Italia hacia la Segunda República, pensada para asegurar la «normalización» de su cultura política y que, sin embargo, se encontró al servicio de un canalla libidinoso de bronceado permanente, ofrece un precedente significativo de tales frivolidades.

El programa de O'Toole para la reconstrucción política (un sistema electoral nuevo, comités parlamentarios más fuertes, devolución del poder al gobierno local) no podía ser desechado con tanta facilidad al estar ligado a un programa económico serio que planteaba las cuestiones de la vivienda, el servicio de salud, las pensiones y la educación. *Enough Is Enough* terminaba con una lista de cincuenta propuestas de acción que incluían el comienzo del seguro médico universal, en lugar del modelo de dos niveles existente, que segrega a los pacientes según sus ingresos, y un programa de choque de vivienda social, que sería financiado con el dinero actualmente desviado a los suplementos de renta y beneficios fiscales de los propietarios inmobiliarios particulares⁶⁹. El objetivo perseguido era admirable: detener y cambiar el sentido de la transformación de bienes públicos en mercancías proporcionadas por medio del mercado, al establecer un sistema de provisión universal basado en la necesidad más que en la capacidad de pago. Sin embargo, la apuesta de O'Toole por la democracia republicana fue detenida en el umbral de las salas de juntas. Dio por supuesto que las empresas privadas seguirían siendo los actores dominantes de la vida económica, al proponer simplemente que «a nadie se le debe permitir estar en las juntas de más de tres empresas con cotización en bolsa» y apelando al propio interés ilustrado

⁶⁹ F. O'Toole, *Enough Is Enough*, cit., pp. 240-244. Una omisión sorprendente de la lista de reformas fue una ley coherente de reconocimiento de los sindicatos, que podría haber proporcionado un puente entre el programa de O'Toole y el poder social necesario para llevarlo a cabo.

del capital irlandés: «El enfrentamiento entre la actividad comercial exitosa, por una parte, y la honradez, por otra, no es solo equivocado, sino fatal. Los negocios sostenibles a largo plazo no se levantan sobre las oportunidades aprovechadas, el encubrimiento de fraudes, ineptitudes y la repetición de los mismos crasos errores una y otra vez»⁷⁰.

En un momento en el que el sector bancario irlandés era totalmente dependiente de la financiación pública para sobrevivir, resultaba reveladora la reticencia de O'Toole a tener en cuenta toda extensión de los principios republicanos al centro de trabajo. Su propio ensayo *Up the Republic!* identificaba varios «ismos» que habían impedido a Irlanda convertirse en una auténtica república (catolicismo, nacionalismo, localismo, clientelismo, incluso mercantilismo), pero dejaba fuera el capitalismo⁷¹. El análisis más extenso de los asuntos económicos en el libro, una contribución del filósofo político irlandés Philip Pettit, se ocupaba principalmente de atacar la propiedad pública de los bancos. Se decía que «una larga tradición» imponía la conclusión de que «los asuntos de todos no son de nadie y que, en general, como señala Aristóteles, la gente cuida mejor su propiedad que lo que pertenece a todos»⁷². Si prescindimos de sus referencias filosóficas, el artículo de Pettit simplemente reafirmaba el dogma más manido de «lo privado = bueno, lo público = malo» en un registro más elevado, defendiendo que la regulación gubernamental de la economía sería suficiente para contener sus tendencias destructivas e ignorando la captura sistémica de tales reguladores por la elite bancaria: también en Irlanda⁷³.

Aguas sin explorar

Tras haber ignorado totalmente el tema en *Ship of Fools* y *Enough Is Enough*, O'Toole sacó a colación con cautela la cuestión de Europa en *Up the Republic!*, señalando que el estatus actual de Irlanda «no era diferente del tipo de autonomía que se suponía que entraría en vigor en 1914: autonomía local sin control fiscal o presupuestario. Excepto que dicho control no reside en Inglaterra, sino en Alemania»⁷⁴. Su tenaz eurofilia se quebró finalmente tras el anuncio de los términos impuestos por la Troika en su programa de rescates en noviembre de 2010: «El sádico placer del castigo ha triunfado sobre la sensata

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 235, 233.

⁷¹ F. O'Toole, *Up the Republic!*, cit., pp. 33-38.

⁷² *Ibid.*, pp. 174-175.

⁷³ El mismo O'Toole proporcionó una documentación amplia de tal complicidad en el caso irlandés: F. O'Toole, *Ship of Fools*, cit., pp. 146-148.

⁷⁴ F. O'Toole, *Up the Republic!*, cit., p. 10.

apreciación de que una Irlanda esclavizada por la deuda no sirve de nada a nadie [...], el aberrante acuerdo de ayer convierte la vergüenza de Irlanda en el oprobio de Europa»⁷⁵. En 2012, O'Toole instaba a sus lectores a rechazar el tratado fiscal de la Unión Europea, calificando un voto al «NO» como «un acto responsable de ciudadanía europea, que alentaría el cambio de dirección sin el que la Unión Europea se destruirá a sí misma»⁷⁶. Sin embargo, este desencantamiento no ha venido acompañado de ningún replanteamiento crítico de sus posiciones previas.

En el ámbito doméstico, las intervenciones de O'Toole desde que la Troika asumió el control de la política económica irlandesa han sido bastante erráticas. Se planteó presentarse a las elecciones generales de 2011 formando parte de una alianza «sin partidos» poco definida que nunca llegó a ponerse en marcha. El Fianna Fáil sufrió la peor derrota de su historia, a la vez que el apoyo a los partidos de izquierda y centroizquierda fue más alto que nunca: el Partido Laborista, por sí solo, ganó el 19 por 100 de voto. Tras las elecciones, O'Toole habló de la necesidad de «una reafirmación radical de la soberanía irlandesa, una revuelta popular, no solo contra el Fianna Fáil, sino contra el rescate bancario y también contra el acuerdo UE-FMI» y advirtió al Partido Laborista que pagaría caro su entrada en el Gobierno con el Fine Gael⁷⁷. Como era de prever, la dirección del partido ignoró su consejo. El entusiasmo con el que los ministros laboristas se dedicaron a vilipendiar a los desempleados y vender los activos públicos fue equiparable solamente al enfado y el pavoneo con el que respondieron a cualquier crítica. Los votantes emitieron un veredicto apropiado a esta actuación en los comicios europeos de 2014: el apoyo al Partido Laborista se derrumbó y el partido se encontró sobrepasado por la izquierda por el Sinn Féin, con un programa socialdemócrata en contra de la Troika. En su primera columna en *The Irish Times* tras conocerse los resultados, O'Toole pareció haber perdido la esperanza de que el Partido Laborista pudiera redimirse: «Un movimiento progresista amplio prosperará si puede juntar cuatro grandes asuntos (resolver el tema de la deuda, una reforma democrática radical, justicia social y un progreso económico sostenible) en una propuesta

⁷⁵ F. O'Toole, «Abysmal deal ransoms us and disgraces Europe», *The Irish Times*, 29 de noviembre de 2010.

⁷⁶ F. O'Toole, «Treaty a mere clause in contract yet unseen», *The Irish Times*, 22 de mayo de 2012.

⁷⁷ F. O'Toole, «Radical change is what we really need», *The Irish Times*, 1 de marzo de 2011.

coherente [...], el Partido Laborista ha dejado de ser un vehículo creíble para tal propuesta»⁷⁸.

Este es un territorio desconocido para O'Toole, que siempre ha parecido más cómodo posicionándose a la izquierda de la corriente predominante que manteniéndose totalmente fuera del consenso, y sería sorprendente que su giro tras la crisis llegara mucho más lejos. Una observación llamativa de su biografía de Richard Brinsley Sheridan podría aplicarse al propio autor: «Siempre tenía cuidado de hablar *dentro* del lenguaje aceptado por la política contemporánea, de captar las palabras y los pensamientos que pululaban a su alrededor y transformarlos en significados nuevos [...], en lugar de proponer modos alternativos de comprensión o sentimiento, se manejaba únicamente con los que le llegaban, pero tomaba el control y los hacía suyos»⁷⁹. Las limitaciones de este procedimiento retórico son obvias. La amplitud y el calibre de la obra de O'Toole demandan respeto: no hay muchos escritores, si es que hay alguno, en otros países de Europa, con un alcance y un impacto comparable en el debate público. Merecerá la pena, por mucho tiempo, el análisis de sus libros y ensayos, con sus fortalezas y debilidades. Pero se necesitará una crítica más radical de las estructuras de poder irlandesas y europeas para perturbar la complacencia de sus elites.

⁷⁸ F. O'Toole, «From tragedy to farce: Labour's big mistakes in 1918 and 2011», *The Irish Times*, 27 de mayo de 2014.

⁷⁹ F. O'Toole, *A Traitor's Kiss*, cit., pp. 203-204 (en cursiva en el original).